

carístico y seréis castos, nutriendo vuestras almas con el pan de los Angeles. Venid, pues, todos los que estáis trabajando y cansados y yo os aliviaré. ¡Ah, Jesús mío! hemos oído tu palabra y la cumpliremos fielmente. En adelante, buscaremos en Ti la fortaleza necesaria para vencer á nuestros enemigos; y ojalá que, robustecidos con esa vianda espiritual de tu cuerpo y de tu sangre, podamos llegar al monte santo de Dios, que es la eterna bienaventuranza.

Amén.



IV

San Francisco Solano

Sermón panegírico, pronunciado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles de la recolección franciscana el día 24 de julio de 1868.

Existimo enim nihil me minus fecisse á magnis Apostolis.

Mas yo nada pienso haber hecho menos que los grandes Apóstoles.

San Pablo, Epístola II á los Cor. c. XI, v. 5.

Mis hermanos:

EL apostolado es la institución más augusta que existe sobre la tierra. Creada, por el Salvador del mundo, entre los resplandores de su resurrección, debe propagar su divina enseñanza, en toda la extensión de los tiempos y hasta los últimos confines del orbe de la tierra: IN OMNEM TERRAM EXIVI SONUS EORUM. ET IN FINIS ORBIS TERRAE VERBA EORUM (1). ¡Qué grandiosa misión, hermanos míos, la del apóstol de Nuestro Señor Jesucristo! Mensajero de la buena nueva, debe anunciarla á todos los que yacen sentados en las tinieblas de la ignorancia y del error; ángel del Nuevo Testamento, debe traer á la tierra las embajadas del cielo,

(1) David en el Salmo 18, v. 4.

ya sean consejos de misericordia ó misterios de justicia; centinela de la casa de Israel, debe armarse con una espada de fuego para que no penetren en su seno la desolación y el espanto; obrero infalible, en el campo del padre de familia, debe derramar sin descanso la semilla de la divina palabra, regando con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos, la ingrata tierra del corazón humano; verdadero pastor, debe dar amorosos silbos para congregar á las ovejas dispersas y ahuyentar á los caníberos lobos; tierno padre, debe acoger con entrañas de caridad, á los pecadores arrepentidos, como á otros tantos hijos extraviados de la casa paterna..... ¿Qué más diré, hermanos míos? La grandeza del apostolado católico abruma mi pequeñez; el peso de su gloria oprime mi debilidad; yo no puedo contemplar, sin ser arrebatado por la admiración, la gloriosa carrera del apostolado cristiano en la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo; ni puedo tampoco fijar mi vista en la celestial figura de un Apóstol, sin caer de rodillas ante esa viva imagen de mi divino Salvador. Y siendo esto así, ¿qué lengua podrá elogiar, como merece serlo, la santa y preciosa vida de uno de los mas esclarecidos varones apostólicos, honra y gloria de la venerable religión de San Francisco de Asís y celoso apóstol del Perú? ¡Ah, mis hermanos! Sólo un santo puede hacer el panegírico de un santo; y he aquí por qué tiemblo y me confundo, al tener que elogiar ante vosotros, las preclaras virtudes y encumbrados merecimientos de Francisco Solano, y no me queda otro recurso que acudir á la que, siendo morada resplandeciente de la sabiduría increada, puede alcanzarme la luz y gracia de que tanto necesito.

Ave María.

Introducción

El celo por la salvación de las almas es el carácter

distintivo de los misioneros evangélicos. Por eso, cuando el Salvador del mundo quiso anunciar á los pescadores de Galilea su apostólica misión les dijo: “yo haré que seáis pescadores de hombres”; y cuando quiso confirmar esa misión, revistiéndola de su autoridad soberana, y señalándole su objeto propio, les agregó: “así como me ha enviado mi Padre, os envío yo á vosotros; id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura”. Desde el momento en que estas palabras fueron pronunciadas, el universo ha visto asombrado esa sucesión no interrumpida de varones apostólicos, que han cifrado su gloria y su felicidad en ganar las almas para Nuestro Señor Jesucristo.

Entre éstos resplandece con insólita claridad el bienaventurado padre Fr. Francisco Solano, apóstol del Perú. Y si el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, es el timbre más glorioso del apostolado católico, Francisco que ha poseído esta virtud, en un grado eminentísimo, puede decir con los mismos títulos que el apóstol de las naciones: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Mas yo nada pienso haber hecho menos que los más grandes apóstoles; afirmación que se desprende de los trabajos evangélicos de nuestro santo, y que formará, por sí sola su más cumplido elogio. En dos palabras os declararé mi pensamiento: Francisco Solano, es un verdadero apóstol de mi Señor Jesucristo, porque está inflamado con un celo generoso, ardiente y puro por la gloria de su Dios y la salvación de sus hermanos, pudiendo decir de sí mismo, compendiando en una sola frase la historia de su preciosa vida: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*.

PUNTO ÚNICO

Tocaba el siglo XVI á la mitad de su carrera; y en

la ciudad de Montilla, del Obispado de Córdoba, mecíase, en pobre pero limpia cuna, el niño Francisco, tierno y precioso fruto de un cristiano y honrado matrimonio. Nadie hubiera dicho, mis hermanos, que en esa bendita cuna palpitan las esperanzas de un mundo; y nada era más cierto, sin embargo. Deslizóse la infancia de Francisco, con apacible suavidad, perfumando con su aroma el hogar doméstico y santificando las aulas con su presencia. Así pasaron veinte años. Entonces realizóse una transformación asombrosa: el joven Francisco, enamorado de la locura de la cruz, quiere revestirse de cuanto en el mundo hay de más despreciable y no gloriarse en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo quedará crucificado para él, y él crucificado para el mundo.

Con este fin pide el hábito de San Francisco en el Convento de la recolección de Montilla. Una vez admitido en la comunidad, no tuvo otro pensamiento sino el de santificarse por el ejercicio de la obediencia y de la mortificación; siendo ésta tan extraordinaria, que pusiera espanto en el templado corazón de los anacoretas del desierto, y aquélla tan perfecta que fuera, por sí sola, incontestable argumento de su eminente santidad. Pasemos en silencio las singulares virtudes, que cultivó en la recolección de Santa María de Loreto, en el convento de Arrizafa y en el de S. Francisco del Monte; dejemos escondidas en el secreto de su alma las inefables caricias con que lo enriqueció el Señor, cuando ofreció á la divina justicia la hostia de propiciación; ni nos detengamos en admirar su rara sabiduría y exquisita prudencia, en la dirección de los noviciados de Arrizafa y de S. Francisco del Monte y en la guardianía de este último convento, que sólo la obediencia le hizo sobrellevar; todo esto prueba que germinaban en el huerto de su corazón las flores de todas las virtudes. Mas yo he contraído el compromiso de manifestaros la

generosidad de su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

*

* *

Era el año de 1583: una desoladora epidemia hería sin piedad á los habitantes de Montoro; la muerte paseaba, con aire de triunfo, su carroza fúnebre, por la consternada ciudad. Nuestro santo pide licencia al P. Guardián de S. Francisco del Monte para trasladarse al hospital de los apestados, con riesgo manifiesto de su propia vida. Una vez constituido en ese sombrío palacio de los dolores humanos, nada omitió para aliviar la desgraciada situación de los pobres enfermos; y, sobre todo, para arrancar sus almas del tiránico imperio de Satanás. ¡Cuántas lágrimas derramadas en el lecho del dolor, para ablandar los empedernidos corazones! ¡Cuántas crüeles y sangrientas disciplinas para atraer sobre sus pobres enfermos la misericordia del Señor! ¡Cuántas confesiones arrancadas por las industrias de su celo! ¡Cuántas almas, en fin, devueltas á la amistad de su Dios, por la eficacia de sus ruegos y el artificio de caridad! Imaginaos, hermanos míos, al bendito Padre Fr. Francisco Solano, de pie á la cabecera de los enfermos, inflamado el rostro, incendiado el corazón, tierna y apacible la mirada, mostrando á sus queridos enfermos la adorable imagen de su Salvador crucificado, enseñándoles, con suavísimas palabras, á buscar en las llagas del agonizante Jesús el valioso tesoro de la resignación cristiana. Medid, si podéis, la inmensa generosidad del celo que inflama su corazón. No importa que no esté obligado á desempeñar su ministerio entre tantas fatigas y trabajos; no importa que se exponga á un peligro casi cierto de perder la vida abrasado por la fiebre; nada importa, mis hermanos; hay almas que salvar, esto le basta, y con una intrepidez sólo igual á su caridad, desafia la muerte para con-

quistar á las almas, mejor que los más grandes guerreros, en la toma de bien guarnecidas fortalezas. Francisco Solano, que, sin otro móvil que el celo por la salvación de las almas, respira esa atmósfera empozoñada por la infección, bebiendo á tragos la corrupción y la muerte, puede decir de sí misma: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Sin duda, hermanos míos, os habrá conmovido el generoso celo de Francisco Solano; mucho más os conmoverá, si lo comparáis con el que anima vuestros corazones. Mas, quiero que admiréis conmigo otros rasgos, si cabe, más sublimes de la caridad de nuestro Santo.

*
* *

Es alta mar: una deshecha tormenta amenaza hundir en los abismos del Océano una nave, que el huracán agita como débil caña mecida por el viento. Las cataratas del cielo abiertas sin piedad amenazan oprimir con su peso el ya maltrecho navío; una pavorosa oscuridad, sólo iluminada por las siniestras claridades del relámpago, envuelve en manto de tinieblas tan horrorosa catástrofe. A pesar del bramido de la tempestad y del horroroso traquido de las tablas al romperse, pueden escucharse, sin embargo, los agudos gritos y penetrantes lamentos; tan recios y esforzados son los que lanza al aire la acongojada muchedumbre. Unos cuantos frailes, un buen número de negros y otros pocos pasajeros eran los navegantes de esta infortunada nave. Aunque los religiosos se han arrojado á los peligros de una penosa navegación con el único interés de ganar, para Nuestro Señor Jesucristo, las almas de los indios americanos, no es tan heróico su celo, que no aprovechen la

primera embarcación que se presenta para alcanzar, á fuerza de remo, la suspirada tierra. Sólo un fraile, resistiendo las fraternales insinuaciones de sus compañeros para que salvase su vida, quédase en el navío, porque no se conforma su caritativo celo con dejar en desamparo y orfandad á tantos pobres, que gemían en mortales ansias; mucho más, habiendo tantos negros bozales no regenerados aún con las santas aguas del Bautismo y tantos á quienes el pecado había puesto en peligro de condenación. Mientras tanto, la tormenta arrecia; la atribulada muchedumbre rodea al santo religioso que, levantados los ojos al cielo, sosteniendo en su mano derecha un crucifijo, con acento de la más encendida caridad y poniendo toda confianza en la misericordia del Señor, catequiza, como las circunstancias lo permiten, á los infelices negros, derrama sobre sus cabezas culpables el agua de la regeneración y escucha con amorosa solicitud á los pecadores, que quieren purificar sus almas en sacramento de la Penitencia. Mas ¡qué angustia tan suprema! El cielo parece de bronce, porque no se muestra sensible á los clamores de los desgraciados. Muy al contrario; un fuerte golpe de mar divide en partes el navío; ábrese el abismo para devorar la una, con gran copia de gente que la ocupaba, mientras que la otra lucha y resiste todavía la furia del vendabal. Con gran congoja de su corazón, vió el bendito Padre sumergirse en las olas á tantos hermanos suyos; pero halló consuelo, pensando que las almas de sus queridos negros se sumergían también en el océano infinito de las divinas perfecciones. Así pasaron tres días, destituídos de todo humano socorro, sin comer ni beber, inundados por las olas que trepaban hasta lo mas alto de la popa, luchando entre la confianza y la desesperación, halagando á veces en su fantasía la querida ilusión de la vida. ó torturándose el corazón, con la horrorosa prespectiva de una trágica

muerte.....Apartemos la vista, mis hermanos, de un cuadro tan lastimoso, y fijémosla en el único semblante, que no ha sido conturbado por las tempestuosas pasiones del corazón. Ved al pobre religioso sobre la popa del navío, suspenso entre el cielo y los abismos, encendido el rostro, elevando al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo su ferviente oración, que viaja hasta su trono en alas de la tempestad, para descender convertida en rocío saludable sobre los atribulados corazones.....¡Ah!, mis queridos hermanos, tanto heroísmo tiene un nombre, un nombre querido y bendito para nosotros; ya no puedo ocultarlo por más tiempo: se llama Francisco Solano; es el mismo á quien vimos como un angel de caridad en el hospital de Montoro. Anhelando padecer martirio por la gloria de Jesucristo y huyendo de los homenajes de veneración que la fama de su santidad le atrae de todas partes, se ha lanzado á mares desconocidos á fin de exponerse voluntariamente y sólo por caridad, á toda especie de trabajos y fatigas y aun á la misma muerte por procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Con razón puede exclamar: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MIMUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Al fin, su oración fué escuchada: los golpes de sangrienta disciplina, que alternaban con los muy recios de las azotadas olas, apiadaron el corazón de Dios; y las borrascosas aguas apaciguaron su furia, sin duda porque las enrojeció su inocente sangre. Así terminó esta dolorosa escena de la que Dios sacó tanta gloria y nuestro santo tan grandes merecimientos.

*
* *

Hagamos ahora un paréntesis, en la historia de su vida, no echando en olvido, sino cubrien-

do con un respetuoso velo los nuevos peligros á que se expuso en su travesía hasta esta Capital y sus trabajos apostólicos en su peregrinación evangélica desde esta ciudad hasta las provincias del Tucumán; vamos á considerarlo rápidamente, en el último y más glorioso teatro de su apostolado. Aquí, hermanos míos, en el mismo lugar en que nos encontramos congregados para bendecir á Dios por la santidad de su siervo, atesoró Francisco ese caudal de merecimientos que le han procurado la gloria del cielo y la veneración de la tierra. En esta santa recolección que se honra en reconocerlo como su fundador cavó los cimientos de profundísima humildad, que sustentaron firmísimamente el grandioso edificio de todas las virtudes. Penetrad conmigo en el refectorio ó en el coro, alguna de las veces en que el Santo religioso, postrado en tierra, confesábase criminal en presencia de la comunidad, besaba con amor los pies de sus hermanos y reputábase indigno de vivir entre ellos, teniéndose por mas inútil que un a débil y quebradiza caña. En los claustros de este convento, fué visitado por el Señor, en altísima oración, en amorosos raptos, en sublimes éxtasis, en que su alma toda, inundada en la suavidad de la dulzura de Dios, era regalada con esas visiones celestiales que el ojo no puede ver, con esos dulces coloquios que el oído no puede escuchar, con sus delicias inefables que el sentido humano no puede percibir. Allí, en la escuela de la oración, aprendió á amar las almas con un amor semejante al de Nuestro Señor Jesucristo; en la meditación constante de la pasión y muerte de nuestro divino Salvador, supo conocer el precio infinito de los redimidos con la sangre del Cordero. ¡Qué ansias mortales no padecería, suspirando por la salvación de los hombres! ¡Qué congojas interiores no lo atribularían, viendo á los pecadores correr como locos por el camino ancho de su perdición! ¡Qué indefi-

nibles angustias no lo oprimirían, viendo á los mismos justos trocar el camino de la justicia por los caminos de la iniquidad! ¡Cómo se desharía en lágrimas para atraer sobre esta ciudad culpable la misericordia del Señor! ¿Quién pudiera contar sus hondos gemidos, sus tiernos sollozos, los inflamados suspiros de su pecho, los amorosos latidos de su corazón? Solo tú, Dios mío, que reservas á tus escogidos, por cada lágrima, por cada gemido, por cada suspiro de amor, un rayo de gloria en la mansión de tu reino. Mas el celo de Francisco no se conformaba con deplorar en el secreto de su oración los pecados de los hombres; ofrecíase á la divina justicia como víctima de expiación por sus hermanos prevaricadores, imitando al más hermoso entre los hijos de los hombres, que se ofreció á la muerte para rescatar á su pueblo. ¡Cuántas vigiliass! ¡Cuántos ayunos! ¡Cuán ásperos cilicios! ¡Cuán crüeles disciplinas! se conjuraron á un mismo tiempo para consumir y destrozarsu inocente cuerpo! Como otras tantas armas manejadas por implacable enemigo, lo herían á la vez, sin compasión ni tregua. Y esa estenuación voluntaria de su cuerpo, extendía más y más el inflamado volcán que ardía en su pecho y que tuviera llamas para abrasar el mundo, si el mundo se dejara abrasar con sus ardores.

*
* *

Tanto fuego de caridad y de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas no podía quedar encerrado en su amante corazón; por esto, sale arrebatado y discurre como loco por las calles de ciudad, tronando como ángel de la divina justicia contra las abominaciones públicas; amenazando al pueblo con que descargaría sobre él la justa indignación del Señor; clamando porque los pecadores se convirtieran é hicieran penitencia de

todos sus pecados. Representaoslo, hermanos míos, en la plaza de la ciudad de Lima, carcomida entonces, mas quizá no tanto como hoy, por una disolución espantosa; representaoslo, en medio de una muchedumbre inmensa atraída por el olor de su santidad: pálido y demacrado el semblante; enflaquecido y estenuado su cuerpo, llevando en la mano la imagen de su Jesús crucificado. Con voz sonora, que alienta el espíritu divino, aterra al auditorio con la viva pintura de sus abominaciones; despierta con fuerte sacudida á los que dormían en el letargo de la indiferencia; los exhorta á todos á seria penitencia de su culpable vida; y sus palabras, como ardientes saetas van á herir los corazones de todos. ¡Oh alteza y profundidad de los juicios de Dios! Entendieron los oyentes que, en aquella misma noche, sería destruída la ciudad cuando el Santo apóstol sólo habló de la ruína espiritual de las almas por el pecado; y esta equivocación produjo verdadero acierto en los consejos de Dios, produjo lágrimas de verdadera contrición, confesiones sinceras de los pecados cometidos, clamores públicos en las plazas y en el interior de los templos, asombrosas penitencias de la multitud atribulada que gritaba por las calles, pidiendo misericordia y perdón, abundante y copiosa lluvia de gracias que descendían á torrentes sobre la contrita y compungida ciudad. Restituyéronse honras y haciendas, tornáronse buenos amigos los más encarnizados enemigos; hiciéronse lícitas por la bendición sacramental uniones escandalosas; y fué tan abundante y extraordinario el fruto de esa predicación que bastaría el sólo para colocar á Francisco entre los más grandes apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo y justificar, por completo, la aplicación á nuestro Santo de las palabras de S. Pablo: EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE A MAGNIS APOSTOLIS.

*
* *

No puedo más, hermanos míos; me es imposible completar el cuadro de la vida de Francisco; estoy fatigado por su gloria; seguidlo vosotros, si quereis, en los últimos años de su destierro en este valle de lágrimas; asistid, si os place, á su lecho de muerte para que aprendáis cómo mueren los Santos; por lo que á mí hace, ya no quiero contemplarlo en la tierra; prefiero contemplarlo en el cielo, brillante de gloria en el coro de los apóstoles del Cordero; me gusta más ver glorificada su penitencia, exaltada su humildad, coronada su paciencia, recompensada su caridad, beatificada al fin su santísima alma en la apacible y tranquila fruición del soberano Bien.....

¡Gloriosísimo abogado y protector nuestro! ¿Cuándo se disolverán estos vínculos que nos unen á la tierra, para que podamos alternar contigo las divinas alabanzas en la celestial Sion? ¿Cuándo llegará, por fin, el suspirado momento de nuestra libertad de este cautiverio del mundo y del pecado? ¿Cuándo amanecerá el día en que salgamos de Babilonia, pues en ella están colgadas nuestras arpas; apenas podemos lanzar el gemido de los desterrados, y se ahogan en nuestra garganta comprimida por el dolor los cánticos de Jerusalén. Que tus oraciones nos alcancen de Dios ese tránsito dichoso de este valle de miseria, de llanto y de infortunio á la Patria celestial, en donde se disfruta de paz perpetua y de felicidad incomparable.



V

San Ignacio de Loyola

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de San

Antonio Abad, el 31 de Julio de 1868

*Abscindentur de ovili pecus; non erit armentum in praeseptibus.
Arrancadas serán las ovejas del redil; no se encontrará pasto en los pesebres.
Habacuc, c. III, v. 17.*

Señores:

IGNACIO de Loyola es la figura más encumbrada del siglo XVI. No exajero de ninguna manera. Abrid la historia, y veréis jirar en torno de él, todos los acontecimientos de esa luctuosa época para la Iglesia y terrible para las sociedades humanas: los unos preparan su advenimiento; los otros, explican su misión; otros, finalmente, son su inevitable consecuencia. Hacia él, están inclinadas las miradas de los Reyes y de los Pontífices, como si la Religión y la Sociedad buscaran en su gran corazón su punto de apoyo y un muro de defensa. Y lo encontraron, señores: la herejía tembló, cuando este impertérito soldado levantó su estandarte y lució sus armas en el campo de batalla; y apaciguáronse las furiosas oleadas de la revolución al pie de esta incommovible y firmísima roca. El Pontificado y el Imperio no olvidarán nunca lo que deben á Ignacio de Loyola: en cuanto al primero, no conoce la ingratitud; por lo que hace al segundo, si alguna vez puede echarlo